

"NO MONEY NO POWER"

La presa de Kariba en el río Zambeze

Texto: Patrick McCully

En la década de 1950, las autoridades coloniales británicas desalojaron de sus hogares y tierras a más de 57.000 miembros de la tribu gwembe tonga para despejar la zona en la que se iba a construir el embalse de Kariba, uno de los más grandes del mundo. La policía asesinó a tiros a ocho personas y al menos 32 resultaron heridas en la operación de desalojo, tan mal planeada como brutal. Aquellos miles de personas fueron reasentados en pésimas condiciones: en una zona árida, con escasos recursos hídricos y duras sequías, tierras de escasa fertilidad y frecuentes plagas de mosca tsetsé. Medio siglo después de que se construyera la presa, los tonga siguen reivindicando ante los gobiernos de Zimbabwe y Zambia, y al Banco Mundial, una justa compensación por estas décadas de sufrimiento.

El objetivo principal de la construcción de la presa de Kariba fue proporcionar electricidad a las minas de cobre y industrias de la actual Zambia y Zimbabwe. La presa, financiada por el Banco Mundial, enriqueció a los propietarios de minas británicos, estadounidenses y sudafricanos y a los industriales de Rhodesia (la actual Zimbabwe), además de a la empresa constructora italiana Impregilo y a la compañía de ingeniería francesa Coyne et Bellier. Por el contrario, los gwembe tonga, cuyos antepasados habían vivido a orillas del río Zambeze durante miles de años, no recibieron ni siquiera electricidad de las grandes centrales hidroeléctricas de la presa ni agua del enorme embalse para regar sus campos.

Los tonga se resistieron al desalojo, pero sus lanzas y porras no podían competir con los rifles de la policía colonial. La represión fue dura. Las ropas de las personas asesinadas por la policía se expusieron por los poblados, como advertencia para quien pretendiera oponerse a la construcción de la presa.

Durante los desalojos de 1958, las autoridades cargaron en camiones las escasas pertenencias de la gente y quemaron sus chozas para impedir que volvieran. Muchas de sus posesiones, incluidos animales y las cosechas que maduraban en los campos, fueron abandonadas o robadas por los trabajadores del gobierno. Después cargaron a los propios tonga en camiones abiertos y los enviaron a unos poblados de reasentamiento situados a cientos de kilómetros, bajo el sol abrasador de la estación más cálida y seca del año. Las mujeres vomitaban y los niños iban colgados de los costados de los camiones. El agua para beber y lavarse se acabó mucho antes de que llegaran a su desconocido destino.

En los dos primeros meses de reasentamiento murieron 121 personas debido a brotes de la enfermedad del sueño, disentería, sarampión y varicela. La mayoría de las víctimas fueron niños. En 1959, una enfermedad desconocida acabó con la vida de 56 mujeres y niños.

Los gobiernos posteriores a la independencia continuaron desatendiendo a los tonga, que siguieron sumidos en condiciones de extrema pobreza, hambre e insalubridad. Finalmente, en la década de 1990, el Banco Mundial reconoció que era necesario indemnizar a los tonga de Zambia y se diseñaron varios proyectos para mejorar su nivel de vida. Sin embargo, esos proyectos de desarrollo fracasaron por falta de fondos, mal diseño, burocratismo y falta de voluntad política e institucional.

Ante la injusticia y el abandono sufridos, los tonga de Zimbabwe decidieron crear su propia organización, la Fundación Basilwizi. Esta Fundación diseña estrategias legales y de negociación de cara a fortalecer su campaña en demanda de adecuadas indemnizaciones y planes de desarrollo comunitario.